



Año XLVIII

Orihuela 1 Marzo de 1930

Num. 1109

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

El estiércol del Demonio

Consideren bien, los hombres que han de nacer todavía: Jesús no ha querido tocar nunca con sus manos una moneda. Las manos que amasaron el polvo de la tierra para dar vista al ciego; las manos que tocaron las carnes infectas de los leprosos y los muertos; las manos que abrazaron el cuerpo de Judas—mucho más infecto que el polvo, que la lepra y que la putrefacción;—las manos blancas, puras, saludables, curadoras, que de nada podían contaminarse, jamás han soportado uno de esos discos de metal que ostenta en relieve el perfil de los amos del mundo. Jesús podía nombrar en sus parábolas, las monedas; podía miraría en manos ajenas, pero tocarlas no. Le repugnaban, con repugnancia cercana al horror. Todo su ser se rebelaba ante el pensamiento de un contacto con aquellos sucios símbolos de la riqueza.

Cuando le piden el tributo para el templo no quiere recurrir a la bolsa de los amigos, y ordena a Pedro que eche la red: en la boca del primer pez que se saque habrá el doble del dinero que se le pide. Hay en tal milagro una sublime ironía que nadie ha visto. Yo no poseo monedas; pero las monedas son de tal suerte despreciables y sin valor, que el agua y la tierra las vomitarían a una palabra mía. El lago está lleno de ellas. Yo sé dónde están y en cantidad suficiente para comprar, con sólo las sueltas, a todos los sacerdotes del templo y a todos los reyes de las naciones, pero no muevo un de-

do para recogerlas. Un subalterno mío las tomará de la boca de un pez y se las dará al recaudador, porque los sacerdotes, a lo que parece, las necesitan para vivir. Los animales mudos pueden llevar monedas; yo soy rico hasta tal punto que ni verlas quiero. Yo no soy un animal mudo, sino alma que habla, y las almas no tienen plata ni alforjas. No soy yo, pues, quien te da esas dracmas, sino el lago. Yo no tengo nada que comprar y regalo cuanto poseo. Mi patrimonio inagotable es la VERDAD.

Pero un día Jesús se vió obligado a considerar una moneda. Le preguntaron si era lícito al verdadero israelita pagar el censo. Y respondió al punto: «Mostradme la moneda del censo». Y se la mostraron: mas no quiso tomarla en su mano. Era una moneda imperial, una moneda romana, que llevaba impresa la faz hipócrita de Augusto. Pero él quería ignorar de quién era aquel rostro. Preguntó: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?» Le respondieron: «De César». Entonces arrojó a la cara de los ladinos demandantes la palabra que les llenó de estupor: «Dad, pues, a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios».

Muchos son los sentidos de estas escasas palabras: basta, por ahora, detenerse en la primera: *dad*. Dad lo que no es vuestro. Los dineros no nos pertenecen. Son hechos para los poderosos, para las necesidades del poder. Son propiedad de los reyes y del reino—del otro reino, del que no es nuestro—. El rey representa la fuerza y es el protector de la riqueza; pe-

ro nosotros nada tenemos que ver con la violencia y rehusamos la riqueza. Nuestro Reino no tiene poderosos ni ricos; el Rey que está en los cielos no acuña moneda. La moneda es un medio para el cambio de bienes terrenales; pero nosotros no buscamos los bienes terrenales. Lo poco que necesitamos—un poco de sol, un poco de aire, un poco de agua, un pedazo de pan, un manto—nos es dado gratuitamente por Dios y por los amigos de Dios. Vosotros os afanáis toda la vida por juntar un gran montón de esos discos grabados. Nosotros no sabemos qué hacer con ellos. Para nosotros son definitivamente superfluos. Por eso los restituimos; los restituimos a quienes lo han hecho acuñar, a quien ha puesto en ellos su retrato, para que todo el mundo supiera que eran suyos.

Jesús nunca ha tenido necesidad de restituir, porque nunca ha tenido una moneda. Ordenó a sus discípulos que en sus viajes no llevaran sacos para los donativos. Hizo una sola excepción que da espanto. Del inciso de un Evangelio se deduce que un Apóstol tenía en depósito la bolsa de la comunidad. Este discípulo era Judas. Con todo, también él se verá forzado a *devolver* el dinero de la traición antes de desaparecer en la muerte. Judas es la misteriosa víctima inmolada a la ambición de la moneda.

La moneda lleva consigo, juntamente con la grasa de las manos que la han cogido y sebadado, el contagio inexorable del crimen. De todas las cosas inmundas que el hombre ha fabricado para ensuciar la tierra y ensu-

ciarse, la moneda es, acaso, la más inmundada.

Esos pedazos de metal acuñado que pasan y vuelven a pasar todos los días por las manos, todavía sucias de sudor y de sangre; gastados por los dedos rapaces de los ladrones, de los comerciantes, de los banqueros, de los intermediarios, de los avaros; esos redondos y viscosos esputos de las casas de la moneda, que todo el mundo desea, busca, roba, envidia, ama más que el amor y aun que la vida; esos asquerosos pedacillos de materia historiada que el asesino da al sicario, el usurero al hambriento, el enemigo al traidor, el estafador al cohechador, el hereje al simoníaco, el lujurioso a la mujer vendida y comprada; esos sucios y hediondos vehículos del mal, que persuaden al hijo a matar a su padre, a la esposa a traicionar a su esposo, al hermano a defraudar a su hermano, al pobre malo a acuchillar al mal rico, al criado a engañar a su amo, al malandrín a despojar al viajero, al pueblo a asaltar a otro pueblo; esos dineros, esos emblemas materiales de la materia, son los objetos más espantosos de cuantos el hombre fabrica. La moneda, que ha hecho morir a tantos cuerpos, hace morir todos los días a miles de almas. Más contagiosa que los harapos de un apestado, que el pus de una pústula, que las inmundicias de una cloaca, entra en todas las casas, brilla en los mostradores de los cambistas, se amontona en las cajas, profana la almohada del sueño, se esconde en las tinieblas fétidas de los escondrijos, ensucia las manos inocentes de los niños, tienta a las vírgenes, paga el trabajo del verdugo, circula a la faz del mundo para encender el odio, para atizar la codicia, para acelerar la corrupción y la muerte.

El pan, santo ya en la mesa familiar, se covierte en la mesa del altar en el cuerpo inmortal de Cristo. También la moneda es el signo visible de una transubstanciación. Es la hostia infame del Demonio. Los dineros son los excrementos corruptibles del Demonio. El que ama el dinero y lo recibe con alegría, comulga visiblemente con el demonio. Quien toca el dinero

con voluptuosidad, toca, sin saberlo, el estiércol del Demonio.

El puro no puede tocarlo; el santo no puede soportarlo. Saben con indudable certeza cuál es su repugnante esencia. Y sienten hacia la moneda el mismo horror que el rico por la miseria.

PAPINI

¿Colaborar o comer?

Los socialistas se avergüenzan de los enchufes que tenían con la Dictadura.

—¡Nos calumnian! ¡nos calumnian! dicen...

Pero ¿y los sueldecitos que aun ahora disfrutan en el Ministerio del Trabajo y en sus organismos dependientes y en el Consejo de Estado?

¿Calumnia?

¿Y los treinta millones que se consumen en los Comités Paritarios y los miles de duros en las Cajas de Previsión y Colaboradoras?

Bah, compañeros, no hay porque disgustarse, ni hacer aspavientos de protesta y escándalo... Con cortar los enchufes todo está arreglado...

Pero no hay cuidado de que ellos los corten. Las protestas son porque no quieren entrar en las podas consiguientes a los cambios de partido y el negar al Dictador es la única manera de poder permanecer emboscados en la selva del presupuesto.

Nosotros creemos que es muy justo que a quién trabaja que se le pague y coma. Si los empleados procedentes del socialismo trabajan en los organismos del Estado, que cobren y coman, pero que no se avergüencen de esos destiniillos...

No es lo más noble atrapar a dos manos, las gangas del Estado burgues y luego escupir por el colmillo y gritar:

—Nosotros no hemos colaborado con la Dictadura...

Alguien les podría contestar:

—Ah, es que si no habeis colaborado, habeis comido..., ingratos.

Lea V. *La Lectura Popular Dela a leer.*

Llévela a un buzón de la Buena Prensa o de La Legión Católica o de otra institución de propaganda.

Duc era un *medium* parisino, fácilmente hipnotizable.

¡Y que sesiones aquellas en la que Duc contestaba a todo; lo adivinaba todo..., y llenaba los bolsillos del hipnotizador con francos contantes y sonantes!

Una de las cualidades del hipnotizado Duc era la insensibilidad.

El hipnotizador le pinchaba, lo aseaba..., y Duc, insensible.

Pero he aquí que un día de invierno un día frío, que invitaba a recogerse al calor de las estufas, un público numeroso fue a ver la celebrada sesión de hipnotismo... Se trataba de la prueba de insensibilidad...

—¡Ya está hipnotizado Duc! Preguntadle...

Y las preguntas se sucedían rápidas...

Duc contestaba satisfactoriamente.

—Ahora la prueba de insensibilidad. Le atravesaré con un alfiler la mejilla y no lo sentirá.

Mirad—

El hipnotizador le clava el alfiler... Pero su habilidad prestidigitadora había fallado y el alfiler se había clavado de verdad.

¿Que no lo sintió Duc, el hipnotizado?

Vaya si lo sintió.

Dió un grito horrible, y con el gesto una bofetada enorme al hipnotizador.

—Ha sido sin darse cuenta, dijo te, aturdido.

—¿Sin darse cuenta? Espera...

Y sacó un revólver.

Claro es que Duc se quedó solo hasta que vino la policía y lo llevó atado a la cárcel, donde Duc está asegurando que a él no lo ha hipnotizado nadie, ni ha hablado jamás con ningún espíritu y que todo el hipnotismo y espiritismo consistía... en veinte francos por sesión...

Peor que el hipnotismo de los chicanos y prestidigitadores es el hipnotismo de la política.

¡Está apareciendo en este mundo cada *medium*, hasta de venticinco setas!

Los *medium* son los caciquillos lugartenientes de los grandes caciques que se dejan hipnotizar por la esperanza del mando.

¡A cuánta y cuánta gente se le ha removido el ser útil a la patria! Este deseo de servir a la patria, mandando está dando origen a grandes pelazas entre la prensa y llena los coches de los trenes, de viajeros que van y vienen de la Villa y Corte a pedir y recibir órdenes, y ha desarrugado el entrecejo de muchas caras...

Y bastantes de ellos no solamente quieren el mando, sino que claman porque se aplique a los caídos la justicia fría de invierno; la justicia misma que ellos antes habían tomado por desafuero.

¡Y tan bién como se arreglaría todo con un poco más de caridad y un poco menos de ambición y un tanto así de cultura y ciudadanía!

¡Es el hipnotismo de la política!

Entre las ridículas apoteosis de la post-dictadura se ha ganado hasta ahora el lugar primero un estudiante, Sbert, que había sido desterrado y que al volver del destierro ha sido recibido entre vítores y aclamaciones.

No nos hemos preocupado de averiguar el porqué fue desterrado; pero sí que sabemos que el tal Sbert ha doblado sus treinta años. Y un estudiante de treinta años no debe ser modelo de estudiantes... porque quien pasa excesivos años en las aulas seguramente no se distingue por estudioso y aprovechado.

Ahora bién, que si los aplausos y vítores son declarándolo ídolo de la holgazanería, eso ya tiene camino.

Que lo aclaman solamente por salir del destierro no es explicable porque otros han salido del destierro y hasta de la cárcel y no les han hecho caso.

Suerte de personas.

A ciertas personillas les ha entrado el fervor republicano.

La mejor forma de gobierno, según ellos, es la república...; pero en sus manos.

Una república en la que ellos ocupasen todos los cargos, desde la presi-

dencia del Estado hasta el último empleo de municipal sería verdaderamente encantadora y salvadora... sobre todo para ellos.

Que lo pregunten a la historia del año 68 del siglo pasado, en los tiempos de la gloriosa.

A esto contesta Marcelino Domingo que los republicanos de hoy no son igual que aquellos.

Pues los de hoy son los nietos de aquellos y los hijos de la Semana trágica y los que cuando chicos se apeidaban «jóvenes bárbaros.»

Para botón de muestra de como son los de hoy han bastado las pequeñas algaradas de los días pasados en las que al grito de «viva la república» se picaban lápidas y se derrumbaban estatuas... como para significar que es lo que harían si las riendas del poder absoluto cayesen en sus manos.

¡Vaya Dictadura!

La pasada, tortas y pan pintado.

A. Hernán

El Cristiano

No es el hombre afiliado a un partido político ni el ahherido incondicionalmente a un jefe de gobierno con el fin de lograr los favores o mercedes temporales que reparte el poder; sino el que rinde a los pies de Cristo su entendimiento y libre voluntad, obediéndole como Rey de reyes y Señor de los que dominan, para triunfar y reinar un día eternamente con El.

No es el cristiano un hombre que se bautiza y pasa a ser miembro de la Iglesia con la esperanza de lograr en ella ventajas materiales, como el que ingresa en una sociedad anónima mercantil o industrial; donde solo se procura el aumento del capital o del interés; si no el que entra en ella con el alto fin de buscar el provecho espiritual de su alma y ganarse la eterna felicidad del cielo, atesorando una fortuna de buenas obras durante el tiempo de su vida en el mundo.

No es el cristiano tampoco miembro de una sociedad de resistencia, cuyos afiliados solo van a la conquista de nuevos y más amplios derechos, dejando olvidados los deberes que impone la ley; sino soldado de una milicia

disciplinada y sumisa a Cristo, la cual cumple fielmente sus deberes y mantiene en hiestos en su bandera todos los derechos absolutos de Dios.

No es finalmente el cristiano un hombre que se congrega con los suyos en el templo para cultinar su entendimiento con las verdades de la ciencia humana o para educar su voluntad con los preceptos de la Etica o con el propósito de afinar y ennoblecer sus sentimientos con las exquisitéces de la belleza artística; si no un hombre que va a ilustrar su entendimiento con las verdades de la fe reveladas por Dios: a perfeccionar su voluntad sujetándola a la ley sobrenatural de la caridad y a elevar sus aspiraciones al cielo por medio de la santa virtud de la esperanza.

El cristiano es un hombre que pertenece a Cristo; puesto que libremente y por amor se liga a El, como el vasallo a su rey, el siervo a su señor, el criado a su dueño, el cautivo a su redentor, el salvado a su salvador, el discípulo a su maestro, el que busca justicia a su juez, el defendido a su abogado y el que desea la reconciliación a su mediador; ya que de grado es Cristo Mediador, Abogado, Juez, Maestro, Salvador, Redentor, Dueño, Señor y Rey de todo cristiano, como por derecho propio y absoluto poder lo es de todo hombre independientemente de su libre voluntad por ser El Hijo de Dios y Dios como el Padre Celestial.

El cristiano pertenece a la Iglesia como el hijo a su madre, el soldado a su ejército el ciudadano a su pueblo, el miembro al cuerpo de que forma parte y la oveja a su rebaño; siendo un desnaturalizado, un desertor, un mal ciudadano un miembro dislocado y una oveja perdida el que de ella se separa, bien impugnando su fe y negándole la debida obediencia.

El cristiano pertenece a la mas alta nobleza; pues por miserable y oscuro que sea su nacimiento, pasa por el don sobrenatural de la gracia de hijo de Adán y siervo del pecado a hijo adoptivo de Dios; no pudiendo nadie esclavizarlo, ni quitarle la libertad que tie-

ne para amarle y darle culto, ni robarle su felicidad eterna, como el mismo no renuncie a ella por el pecado.

El Cristiano, en fin, no es un hombre que pertenece a la clase de los ricos terratenientes, si no a la esclarecida porción de los cielo habitantes; puesto que Dios, al declararlo hijo suyo adoptivo por gracia, lo declaró al mismo tiempo heredero del cielo con todos los derechos de poseerlo y gozarlo eternamente con tal que no pierda por el pecado su sobrenatural y nobilísima filiación.

El Cristiano, como tal, no piensa a la luz natural de los sentidos ni de la razón si no a la luz sobrenatural de la fé; formando idea de Dios, de sí mismo y del mundo, conforme a lo que enseña la doctrina revelada.

El Cristiano tampoco quiere, dejándose llevar del impulso natural de su apetito sensible o de su voluntad; si no movido sobrenaturalmente por la virtud de la caridad que le obliga a amar a Dios sobre todas las cosas y a todas las cosas por El, aunque a veces estas repugnen a la voluntad y al apetito sensible.

El Cristiano, en fin, no obra ordenando sus acciones a fines naturales y terrenos, si no que las ordena todas a un fin sobrenatural y último, que es Dios, cuya visión y posesión constituye la eterna felicidad, del hombre, según le dice al Cristiano la sobrenatural virtud de la esperanza.

¡Creo en Dios, amo a Dios, espero en Dios! ¡Esta es la suma y compendio de la vida del cristiano en el mundo!

J. M.

POEMA

Alba, esta hada bienhechora, la que protege a las niñas, la que posa su pupila azul en las vírgenes, pasaba una mañana junto a una rosa y oyó que tres gotas temblorosas pronunciaban su nombre.

—¿Qué queréis de mí, brillantes gotas?

—Que decidáis una cuestión—dijo la primera.

—Proponédmela, dijo el hada.

—Somos tres gotas distintas; queremos que digáis cuál de nosotras vale más, cuál es más pura.

Habla tú—dijo el hada bienhechora.

Y la primera gota, trémula, habló de esta manera:

—Yo vengo de las altas nubes, yo soy hija de los grandes mares. Yo represento el océano.

Habla tú, gota brillante—dijo el hada a la segunda.

—Yo soy el rocío que da vida a los lirios; soy la hija de las nieves que se desprende cuando la noche oscurece el cielo. Yo represento a la aurora, que es luz risueña; que es esperanza.

¿Y tú?—pregunto el hada a la más pequeña.

—Yo nada valgo—respondió ésta.

—Dime de donde vienes.

—Vengo de los ojos de una niña: fuí sonrisa, fuí creación, fuí amor, ahora soy lágrima.

Las otras reíanse de la pequeña gota; pero el hada la tomo en sus manos y le dijo:

Esta es la más valiosa, esta es la más pura.

—Pero yo vengo del océano.

—Yo salí del seno de la atmósfera.

Sí, trémulas gotas—dijo el hada, pero ésta es un pedazo de corazón.

Y desapareció llevándose a la gota humilde.

PENSAMIENTOS

Si aún para personas de muy cimentadas ideas ha sido la lectura de la mala prensa causa de su ruina y han sucumbido ante el oleaje de perversas ideas defendidas por los malos periódicos; ¿qué le pasará a la inexperta juventud, cuando carece, hoy gran parte de ella, hasta de los elementos principales de la religión, debido al desprecio con que se mira la instrucción religiosa?

Víctimas de groseros errores serán esos jóvenes que no alimentan su espíritu sino con lecturas venenosas, ya de novelas impías y obscenas, ya de periódicos que esparcen toda clase de errores, sin que sus directores caigan en la cuenta de la gran responsabilidad que por ese proceder contraen ante Dios, ante la sociedad y ante la his-

toria. Gran Peligro es, pues, para jóvenes la mala prensa, la que extravía el criterio católico, la que enseña a despreciar la religión católica y a sus ministros, la que difunde errores que la Iglesia condena y condenará en todo tiempo.

¡Ciencia y acción! Dos hermanas gemelas que deben, jóvenes acompañaros a través de las arduas luchas que os esperan en el camino de la vida. Ciencia y mucha ciencia porque así estaréis más cerca de Dios; y acción porque la ciencia sólo por ella es estéril y egoísta. En sus páginas hallaréis discutidas y resueltas todas las grandes cuestiones que agitan a la sociedad moderna y resueltas con el criterio social cristiano, que es el único exacto y que debe ser la norma invariable de vuestra conducta. Allí comentaréis el amor a la Iglesia, el amor al pueblo, el amor al obrero, y al pobre el amor al estudio y a al trabajo, que habéis de poner más tarde al servicio de la religión y de la patria. No durmáis sobre los laureles, que la vida es una batalla, de la que puede decirse lo que Napoleón a los fatigados soldados de la campaña de Rusia. El que se sienta se duerme y el que se duerme se muere.

Trabajad sin cesar, para que cuando se acerque el ocaso, ningún remordimiento amargue esos días. Pero trabajad como Ampère, que estudiaba con un ojo las cosas de la tierra, mientras el otro estaba constantemente fijo en la eterna luz. Que escuchaba con un oído a los sabios mientras el otro quedaba siempre atento a recoger la voz del Divino Maestro.

La pureza del niño, esta flor de género humano: flor aun cargada de sus gotas de rocío, que todavía no ha reflejado sino los rayos de la aurora y que aun no se ha visto empañada por ningún polvo o lodo terrestre; flor exquisita y embelesante que aspirada aun de lejos, enagena y arroba con sus puros aromas.

EL SEMBRADOR.

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.